

HISTORIAS DE UN CERCANIAS

CAPÍTULO 1 - LOS NEGRALES

Lunes 6 horas 53 minutos

Siete menos diez de la mañana; el frío se agarra a los huesos y la niebla inunda el alma de las pocas personas que esperan la llegada del tren de cercanías en el apeadero de Los Negrales. El andén desgastado por la falta de un mantenimiento adecuado desde hace más tiempo del que debía, no hace del lugar el mejor sitio para esperar. Una caseta habitada por una familia que convive, de mala manera, con la megafonía de la compañía ferroviaria es el único lugar donde guarecerse de la intemperie. A todas luces se hace escaso el espacio y no cobija a todos.

Las figuras parecen fantasmas, protegidos por bufandas, fulares y gorros de los más variados estilos. Son animales de ciudad que duermen en un pueblo, en otro tiempo sede de la segunda vivienda de familias con alto poder adquisitivo de la capital. Eso fue mucho tiempo atrás; ahora esas personas que esperan el tren que les devuelve cada día a su ciudad de origen, suelen ser de clase media baja.

Cada uno está en su mundo y solo se intercambian miradas, unas curiosas, otras desconfiadas, incluso alguna cargada de deseo por el juego de la seducción que todos los seres humanos practicamos en algún momento. Algunos se saludan, por el mero hecho de que están educados para hacerlo, sin saber a quién saludan. En general, la soledad acompaña a cada uno de los que espera la llegada del medio de transporte.

Arturo no dejaba de mirar cómo la gente de Villalba cruzaba las vías, pese a que lo habían vallado todo para evitar accidentes. Lo cierto era que en ese tramo la visibilidad era más que suficiente para que no hubiese ningún problema. El cerramiento había perjudicado mucho a estos vecinos que con el frío o el calor tenían que andar más de diez minutos para recorrer lo que, si se permitiese cruzar las vías, no eran más de un par de minutos.

Las instalaciones de la empresa ferroviaria estaban llenas de pintadas. El apeadero siente envidia de sus hermanas mayores las estaciones y no recibe más atenciones que las que su categoría otorga. En más de una conversación acerca del estado del mismo la frase habitual es “cómo lo van a arreglar si no es más que un apeadero, si fuese una estación ya estaría en condiciones”.

Los cuerpos aún no han perdido el calor de la cama por lo que los allí presentes permanecen, en unos casos, en un estado de somnolencia en el que desean la aparición del tren para continuar durmiendo otros cuarenta minutos. Por otro lado, se formaban grupos de dos o tres personas para los que parecía que ese momento era el más interesante del día, intercambiando conversaciones que solo les interesaban a ellos pero de las que hacían participes a aquellos que estaban cerca. Más de uno se ponía los auriculares de los móviles y equipos de música para no escucharles.

Ese era el escenario donde cada mañana Arturo Gamallo iniciaba el día. Pese a que parecía más dormido que el resto de las personas en el andén,

solo era una pose que le protegía de su propia insignificancia; viviendo su rutina diaria, bloqueadas las esperanzas de dejar huella de su paso por el mundo. Poco a poco su realidad se había desatado destrozando sus ilusiones y deseos. El paisaje del trayecto que años atrás le resultaba maravilloso, sobre todo a su paso por el monte del Pardo, ahora se le antojaba una imagen repetida.

No eran mejores sus expectativas respecto a lo que podía depararle la jornada laboral; ni emociones, ni novedades, ni retos. La situación en la empresa tampoco incitaba a entregarse a la causa, pero su sentido de lo que era ser un empleado público, le hacía mantener un nivel de actividad que por lo menos no dejase su conciencia invadida por la sensación de que no servía para nada todo lo que hacía en el día a día.

Casado, a punto de cumplir los treinta y cinco años, estaba en esa fase en la que, si nadie te lo cuenta, continúas creyendo que eres un joven, pero tu cuerpo empieza a notar que algo ha pasado por encima de ti y ese algo es el tiempo. Lo mejor que le había pasado en su vida era su mujer. Marga era tan normal y carente de ambiciones como su marido y con que no les faltase un plato en la mesa, ella se sentía segura. Nunca se dio cuenta que ella podía haber sido el motor y la razón para que Arturo hubiese llegado a donde se hubiese propuesto. Ocho estaciones de cercanías y ya nada volvería ser igual para ellos.

Esa mañana no se diferenciaba de otras miles del pasado más que por la intensidad de la niebla. La megafonía del apeadero anunció la llegada del tren y como cada día se sonrió ante la estupidez de anunciar la vía cuando el apeadero era de vía única. Ese lunes era el inicio de lo que la vida tenía reservado para él.